

fica, pero no a la manera del positivismo, que veía en la ciencia empírica la culminación del saber, sino buscando en la especulación teórica de la ciencia la reformulación de los problemas permanentes que son el dominio de la filosofía. Por eso, su preocupación lo llevó a buscar un espacio donde la vida y la eternidad se encontraron en un tiempo bergsoniano que es presente absoluto pero también memoria y deseo, pasado y futuro: el ser.

Bipolaridad de la cultura cubana, René Vázquez Díaz (compilador), Centro Internacional Olof Palme, Estocolmo, 1994, 126 pp.

En mayo de 1994, el Centro Olof Palme convocó a una serie de escritores cubanos, entre residentes en la isla y exilados, a efectos de ensayar un diálogo entre los dos polos de la cultura isleña. Algunos invitados como Guillermo Cabrera Infante, Carlos Franqui y Rosario Hiriart declinaron la invitación, considerando que la reunión significaba un apoyo al régimen castrista.

En este volumen se reúnen las comunicaciones pero, por acuerdo de los participantes, se suprimen las discusiones. Hay también algunas presencias fantasmales: Eliseo Diego y Severo Sarduy murieron poco antes; un funcionario norteamericano prometió vigilar la reunión. Los puntos de acuerdo debieron ser escasos, ya que la declaración final sólo rescata la unidad de la cultura cubana como herencia nacional y un pedido de que se levante el embargo económico norteamericano.

En general, hablan con soltura los del exterior. Díaz Martínez recuenta las ilusiones perdidas de la revolución; Heberto Padilla es autocrítico con el compromiso que llevó a apoyar una política dictatorial santificada por el antiimperialismo; Jesús Díaz opina que la dictadura de Castro es el mayor obstáculo al cambio; Vázquez Díaz se pregunta por qué no hay tribunas comparables en Cuba.

De los escritores venidos de la isla resultan curiosas las observaciones de los menores, Reina Rodríguez y Senel Paz, quienes consideran no vigente el dualismo entre revolucionarios y contras, entre «quedados» e «idos». Es como si no los marcara la historia inmediatamente anterior o quisieran borrarla por insoportable.

Miguel Barnet recita el catecismo previsible, Pablo Armando Fernández se refugia en remotos recuerdos y Antón Arrufat viaja por la inasible noción de cubanidad.

El libro es acuciante y sabroso (no se espera menos de gente caribeña) y sirve para entender las limitaciones de todo proceso de transición sin modelos como el que ocurre en los países que ¿salen? de un régimen de modelo soviético.

La sangre de Santa Agueda. Angiolillo, Betances y Cánovas, Frank Fernández, Universal, Miami, 1994, 186 pp.

En 1897, el anarquista italiano Michele Angiolillo asesinaba a Antonio Cánovas del Castillo, descabezando al Partido Conservador español. El inspirador del magnicidio fue un médico portorriqueño de ideas libertarias, Emeterio Betances, quien ideó precipitar el proceso de independencia de Puerto Rico y Cuba, o sea la presión de los Estados Unidos sobre España para que abandonase el Caribe.

Ambos personajes han quedado a la sombra de Cánovas, cuyo *curriculum* como político e historiador los ha pospuesto al papel de villanos en la comedia del bien. El profesor Fernández, cubano de origen y norteamericano de adopción, reivindica a estos anarquistas porque lograron, con la muerte de Cánovas, adelantar la fatalidad de la independencia cubana y portorriqueña, con las salvedades del caso, ya que son difícilmente independientes dos islas en las costas de los Estados Unidos.

El material reexaminado por Fernández, aunque no es de primera mano, se somete a una relectura con una clave impensada: poner como protagonistas del final de la Restauración y el Desastre Colonial del 98 a dos militantes bakuninistas de poca monta, que se acercan a las gradas del poder y cambian la monotonía de sus mecanismos con un disparo oportuno. En la historia, ya se sabe, siempre acaba ocurriendo lo necesario, pero a veces, hace falta la ayuda de algún activista para que la necesidad sea, si cabe, más necesaria todavía.

B. M.

Los libros en Europa

Destra e sinistra. Ragioni e significati di una distinzione politica, Norberto Bobbio. Donzelli, Roma, 1994, 100 páginas.

Es un tópico aludir a la desaparición de la dualidad política izquierda/derecha. Nacida por accidente en un debate de la Asamblea Nacional francesa, a fines del XVIII, cobró cuerpo durante el largo siglo XIX que, tal vez, para algunos espacios del mundo, acabó en 1989, al caer la muralla berlinesa. Tampoco se trata de una distinción universal: en el orbe anglosajón tiene poco relieve. En Estados Unidos, en términos partidarios, ninguno. No obstante, la tradición y el simbolismo espacial que implica, imponen su subsistencia. En efecto, las clasificaciones políticas suelen aludir al espacio y describen sumariamente el mundo: izquierda/derecha, cámara alta/cámara baja, vanguardia/retaguardia, progreso/reacción (adelante/atrás), objetivos lejanos/cercanos, extremos/centro, superficie/hondura, etc.

El crepúsculo de nuestra pareja tiene varias explicaciones. Carl Schmitt y el pensamiento autoritario que le sigue apuntan a una liquidación de lo político que arrastra una aniquilación del pensamiento que lo sustenta y/o que emerge de él, lo que se suelen denominar ideologías políticas. Otros pensadores (Herbert Marcuse) señalan que la sociedad posindustrial genera un modelo antropológico unidimensional, carente de componentes negativos, de distinciones, oposiciones y crítica. Hay quien ve en este declive un mero resultado de la creciente tolerancia, acolchonamiento y neutralización de las contradicciones en una sociedad cada vez más laica y matizada.

Bobbio no cree que la dualidad haya desaparecido, pero sí que es un tanto anacrónica, pues pertenece a un mundo social más contradictorio pero, a la vez, más estable y con una velocidad de cambio notoriamente menor a la del nuestro.

Es, por su naturaleza, algo que corresponde a una visión «horizontal» y democrática de la política, donde lo importante es confrontar, transigir y conciliar. Los equívocos se han generado cuando se llevó el par al mundo de la verticalidad política: obediencia, militancia y cadena de mandos sin discusión. Se impuso, así, una dialéctica bélica (de nuevo Schmitt: amigo/enemigo), estética (la izquierda es siniestra y fea, la gente de derechas es guapa) o moral (la izquierda es el bien y la derecha es la maldad).

Las oposiciones pueden ser excluyentes, como en el deporte o la guerra, pero pueden ser dialécticas e incluyentes, como en un debate parlamentario: lo uno y lo otro se distinguen y se buscan para existir en esa distinción que los separa y aproxima: para coexistir. Derecha/izquierda son, entonces, términos relativos, que sólo se dan el uno con y frente al otro. No son realidades ontológicas permanentes, esencias puras ni identidades fundantes, cuya crisis produce el terror a quedarse sin ser, sin realidad esencial o sin fundamento. Las diferencias, por fin, convergen en la síntesis o divergen en la aporía. La política, hija de la razón práctica, diseña espacios de negociación, donde los opuestos se alejan para acercarse, valga la paradoja. No por casualidad ha ocurrido en el último siglo algo tanto o más paradójico aún: que la derecha ha empezado su ciclo ideológico donde la izquierda lo ha terminado y viceversa.

Sin desdeñar lo antedicho, Bobbio subraya el hecho de que son los hombres que se dicen o creen de izquierda (con excepciones escépticas, como Massimo Cacciari) los que se plantean el problema de la identidad, supervivencia o reformulación de dicha tendencia. La derecha apenas lo hace. ¿No tiene identidad ni teme desaparecer ni necesita reformularse? ¿Sólo la izquierda siente que está en peligro de extinción? ¿Ha dañado gravemente su entidad el derrumbe del comunismo? Hay quien piensa que sí, porque, tuerto o derecho (valga la figura) el comunismo era de izquierdas. Otros prefieren concluir lo contrario: la caída del «socialismo

real» ha descargado a la izquierda del peso mortífero que significaba justificar al estalinismo y sus variantes.

Tal vez sea útil pensar el tema que tercia en la discusión: el centro. Hay un centro moderador, que atrae a izquierdas y derechas, toma elementos de ambas y los armoniza. Pero hay un centro excluyente, que no quiere parecerse a ninguno de los opuestos, así como el gris no quita blancura al blanco ni negrura al negro, siendo que resulta de su mezcla. Esta línea no carece de interés en nuestra actualidad política.

En otros casos, la subsistencia de la pareja resulta muy difícil de sostener. Por ejemplo, los verdes ¿qué son? Por su defensa de la solidaridad hombre/biosfera parecen de izquierdas, por su oposición al desarrollo, de derechas. En materia de bioética, ¿qué resulta más de unos o de otros, el rigorismo o el laxismo? Cierta feminismo, por su parte, propone borrar la dualidad, por ser invento de la conjura de los machos, y destacar otra dualidad, femenino/masculino, mucho más radical, persistente y obvia.

Bobbio sostiene que el dualismo tiene vigencia, porque los valores de tradición (derecha) y emancipación (izquierda) siguen vivos. Pero prefiere pensar que ya no se trata de una oposición protagónica, sino residual, complementaria y de segundo plano. Una oposición que no define sino que matiza otras divisiones más importantes. La más elocuente es la de extremismo/moderantismo, y la de mayor consistencia filosófica, la que distingue entre movimientos políticos clásicos y racionalistas (el conservatismo liberal, la socialdemocracia) y movimientos irracionales y románticos, basados en la acción y el sentimiento, y no en la reflexión (anarquismo, fascismo, fundamentalismos). La distinción decimonónica entre una derecha religiosa y una izquierda laica ha pasado de largo. Hoy la derecha es irreligiosa y existe una teología de la liberación que se proclama de izquierdas.

En el extremismo confluyen izquierda y derecha en una concepción violenta, militar y revolucionaria del cambio como algo abrupto y repentino, idea opuesta a la del progresismo clásico, que concebía el progreso como inevitable y gradual: los cambios ocurrían en su momento oportuno y no había que resistirse a ellos ni precipitarlos. Georges Sorel nos ha mostrado cómo sus discípulo-

los bolcheviques y fascistas apuntan al enemigo común: la democracia burguesa, gradualista y moderada.

Hay problemas planetarios (medio ambiente, comercio ilegal de armas y drogas, explosión demográfica, sida) que no admiten enfoques divergentes y constituyen una novedad macropolítica que define a nuestro tiempo. Bobbio nos propone pensar políticamente a partir de ellos y no dejarnos llevar por las imágenes ilusorias de una persistencia ideal de dicotomías originadas en otro momento de la historia. Como propina nos muestra la rica bibliografía producida en Italia en los últimos diez años, incitándonos a progresar en la lectura y a confrontarla con el estado de la cuestión que él mismo describe.

La belleza, Stefano Zecchi, traducción de Mar García Lozano, Tecnos, Madrid, 1994, 191 páginas.

La belleza parece haber desaparecido de la reflexión estética contemporánea. Sin embargo, sigue constituyendo el estímulo para juzgar, de movida, cualquier objeto que el receptor considere estético. Zecchi se propone entender esta constancia y aquella desaparición.

Su planteamiento es una crítica a la modernidad (y van tantas, en estos días posmodernos) en tanto ha negado todo contenido de verdad al lenguaje del arte, sometiéndolo a las ciencias particulares (la semiótica, la historia, la lingüística, la propia estética considerada científicamente, etc). El sujeto en el centro de la historia nos aleja y hace olvidar del perdido origen y cada vez que nos encontramos con su retorno metamórfico, cíclico, mítico y tal vez eterno, se apodera de nosotros el sentimiento de la belleza, que es el afecto producido por aquella unidad perdida que sólo se experimenta como tal pérdida.

El arte no dice como la ciencia ni esconde como la magia, sino que señala. Lo señalado por el arte es un espacio utópico, la unidad a la que ansiamos volver y en la que nunca estuvimos. Por eso es una forma de acceso al saber: la vía de la recuperación. Para seguir su pista, Zecchi analiza tanto las concepciones apolíneas de la belleza (la perfección en el confín de la vida) como las románticas (la belleza móvil de lo vivo, lo